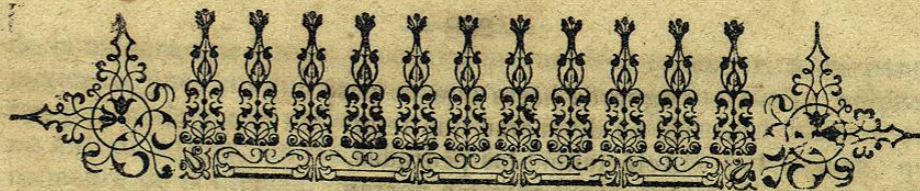


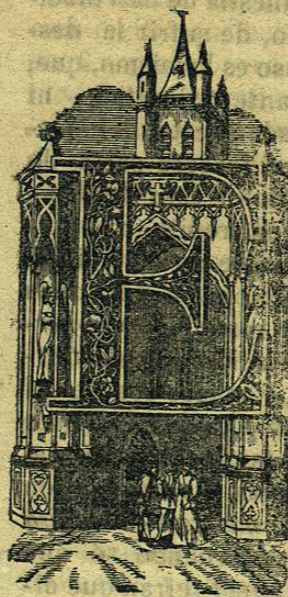


LA CASERA.

Lito. de M. Murguía y C^a



LA CASERA.



ENTRE los innumerables beneficios que al primer hombre concedió el Ser Eterno, y que no han pasado hasta los que tenemos la desgracia de vivir en estos calamitosos tiempos que corren, porque á los hijos del primer catador de manzanas solo nos tocó heredar todos los males originados de su incurable empacho, y ninguno de los bienes que por antojo tan ruin perdió, para que podamos decir con Quevedo:

Aguarda hasta que yo pase
Si ha de caerse una teja:
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.

Uno de los mayores, y superior al que en tanta estima tiene el referido autor cuando le dice á Adan:

Tuvisteis muger sin madre:
¡Grande suerte, y de envidiar!
Gozasteis mundo sin viejas
Ni suegrecita infernal,

Es el de que no tenia necesidad de vivir en casa alguna, por la sencilla razon de que antes de que comiera la fatal manzana, no habia arquitectos, pues el orijen de la arquitectura fué el pecado que trajo consigo las lluvias, las tempestades, el frio, el viento y el calor, plagas que obligaron á nuestro primer padre á que edificara una casucha, viniendo á ser, por este motivo, el primer arquitecto, y Eva la primera casera conocida en los anales *caserunos*. (Pido privilegio á la Academia por la invencion de tan sonora y poética voz.) Y digo que gozaba Adan de una felicidad incomparable en no vivir en casa alguna, porque no habiendo casa, se ahorra la molestia de desembolsar cada mes lo de puertas y ventanas, y por último, de sufrir la desagradable visita del casero ó casera, que para el caso es lo mismo, que, sin consideracion á si es vd. viuda ó retirado, cesante ó ilimitado, ni á si el Monte de piedad tiene piedad de la despiadada suerte del piadoso paciente; ó á si está vd. á tercera parte de una tercera parte de su sueldo; ni á si uno está de mal humor por aquello de *casa donde no hay harina todo se vuelve tremolina*, sin consideracion, repito, ni parar las mientes en tales cosas *anejas* á la *andante* miseria, le presenta á vd. la receta mensual, mas amarga que todas las confeccionadas por todos los boticarios habidos y por haber. Y no hay mas remedio que *her-rar ó quitar el banco*, esto es, pagar ó salir á la habitacion llamada tierra, gran amparadora de menesterosos y desvalidos, y madre comun del género humano. Y aunque sé que no solo en México, pues *en cada casa cuecen habas y en la nuestra á calderadas*, sino tambien en las naciones que se tienen por las mas cultas y filantrópicas, las caseras son caseramente inexorables, me guardaré muy bien de *meterme en camisa de once varas*, hablando de las caseras de otros paises, cuando sé que *al buen cállar llaman Sancho*, y tengo en el magin aquel refran que dice *cada uno en su casa y Dios en la de todos*, y que *mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena*. Contentaréme, pues, con bósquejar

de la manera que pueda, y como Dios me dé á entender, á la casera mejicana; pues aunque sé lo superior que á mis fuerzas es empresa tan peliaguda y que *en boca cerrada no entran moscas*, sé tambien que no entran tajadas, sin las cuales está probado por la esperiencia, que es madre de la ciencia, que nadie puede vivir, y que *al que no habla Dios no le oye*; cosa que en estos tiempos de charlatanismo ilustrado, no es la mas propia para engordar el bolsillo; y sino *haceos miel y os comerán las moscas*.

Resuelto, pues, á apechugar con todas las dificultades que para dar cima á un asunto tan delicado se me presenten, é invocando á todos los benévolos penates que son los dioses de los patrios lares, ó como si dijéramos las musas masculinas de los aventurados escritores que tratan de las caseras, cojo la pluma con todo el respeto de un humilde inquilino, y enjugando una lágrima que brota del ojo derecho, y que amenaza inundar mi ojo izquierdo, como dijo no sé quién, me preparo á trazar sobre el papel las humildes líneas de tan sublimado asunto. ¡Y vosotras, *altas y sobajadas* caseras, que podeis blasonar de ejercer un cargo que data desde la indigestion de Eva, permitid que la *vuestra fermosura* y dignos *fechos*, loe el mas asendereado de los *andantes* poetas, rendido de la vuestra *conoscida* virtud, con gentil talante y mesurado estilo, antes de que algun envidioso y malandrin escritor, llevado de un mal deseo, os faga un *desaguisado* en la vuestra fama, que á la de las mas recatadas y hermosas doncellas se sobrepone!

La casera mexicana, generalmente hablando, se puede comparar con esas levitas que habiendo hecho un regular papel en manos de su primer dueño, pasan, perdido su brillo y ganados algunos agujeros, á poder de otro menos elegante, que para hacer desaparecer lo calado de las orillas, la convierte en frac, angostándole los faldones; pero despojada al cabo de algun tiempo la levita-frac, del poco pelo que le quedaba, y pasada la moda de aquellos faldones equívocos, el segundo dueño se la vende á un tercero que no es de *tiros largos*, el cual la convierte en chaqueta nueva de paño viejo, despojándola de los regenerados faldones, aunque no de las señales que acreditan su pasada aristocracia y los vaivenes de la mudable fortuna á que están espuestas todas las cosas de este valle de lágrimas.

Asi mismo nuestra casera, despues de haber brillado cual su educacion requeria, al lado de un bizarro oficial ó digno empleado, pasa, muerto, retirado ó jubilado su querido consorte, á una vida mas precaria, visitando con frecuencia unas veces el Monte de piedad y otras la comisaría, para conseguir una tercera parte, cuya cantidad no le es suficiente para gastar el lujo que antes gastara; reduciéndose por lo mismo á presentarse casi siempre con los mismos vestidos, cuyo uso y mantecoso brillo, revelan la decadencia de su fortuna: así vive por algun tiempo, hasta que acosada por la escasez, se ve precisada á

vender á algun ropavejero, ó ir empeñando poco á poco su ropa para pagar la humilde habitacion á qué se ha retirado; pero agotado al fin todo recurso, y restándole apenas de todo lo que antes tenia, un mal tápalo que ha tenido todos los colores, y que al fin lo ha teñido de negro para disimular así sus manchas y su vejez, acude al último recurso; y gracias á sus muchas relaciones, consigue al fin que la nombre algun antiguo conocido, casera de alguna casa de vecindad, donde le señala para su habitacion un cuarto reducido y húmedo, encima del cual se vé escrito con letras grandes este rótulo: *Casera*. Allí, pues, provista de las llaves de los cuartos que están sin alquilarse, y dáda á reconocer su autoridad á los inquilinos, conserva con escrupuloso cuidado alguno de sus antiguos vestidos, cuyo peto y mangas lleva caidos desde la cintura, para estar mas libre, y una peineta en la raquí-tica trenza, restos únicos de su pasada opulencia; ni mas ni menos que como se vé en la estampa que acompaña al presente artículo.

Todos saben, y los que no lo sabian lo sabrán ahora, que las casas que habita la gente media y pobre de Méjico, son generalmente de vecindad; casas que cada una de ellas puede considerarse como un gran pueblo; divididas en porcion de cuartos al rededor del patio, con su correspondiente numeracion, que forma cada uno de ellos la habitacion de las personas menos acomodadas. En uno se vé á algunas mugeres llamadas *tortilleras*, vestidas con una mala camisa que no basta á cubrir su seno, con enaguas de tela ordinaria, descalzas y mal peinado su negro, lacio y grueso pelo, puestas de rodillas para mayor comodidad, moliendo en el *metate* (1) el maíz hervido que llaman en lengua mejicana *nixtamal*, con qué hacen el pan de maíz llamado *tortilla*, regañando de vez en cuando á sus hijitos que, sin mas traje que el que sacaron del vientre de sus madres, aunque adornado con alguna mugre mas, tratan de ver como pueden sacar, sin ser vistos, de una canasta cubierta con una servilleta, una tortilla que acaban de sacar del *comal* (2), otras mugeres que están *tortillando* con ambas palmas de las manos la masa hecha en el *metate*; en tanto que los esposos de tan afanadas mugeres, que generalmente suelen ser aguadores ó albañiles, duermen tranquilamente, tirados sobre un petate poco limpio colocado en el suelo, sin acordarse del pasado y sin cuidado del porvenir, que siempre para esta clase de gente es igual y sereno. ¡Y qué tienen que pensar en el porvenir unos seres que no tienen, ni aspiran á tener, otra cama que un mal petate en que por lo regular duermen vestidos para no tener necesidad de colcha que los abrigue, que no cuentan con

(1) Piedra de tres cuartas de largo y media vara de ancho, con tres piés de la misma materia, en la cual muelen, con otra piedra de otras tres cuartas de largo, á que dan el nombre de *mano del metate*, el maíz, el cacao, etc.

(2) *Comal* llaman á una especie de plato muy ancho, de barro sumamente ordinario y delgado, en que cuecen las tortillas.

mas sillas ni mas mesa que el duro suelo, ni con otro cuchillo y tenedor que sus dedos, ni con mas cuchara que la tortilla, con la cual cojen la sopa ó los frijoles (1), tragándose de esta manera comida y cuchara á la vez? ¿Qué necesidad tienen de pensar en el porvenir unas personas que desconocen la ambicion, y que no quieren mas pañuelo que sus dedos, ni mas ropero que sus cuerpos, donde llevan toda su ropa que apenas basta á cubrir sus carnes? Aquel cuarto es tortillería, cocina, comun, alcoba, sala, comedor y todo: en él viven dos ó mas matrimonios con sus correspondientes hijos, y uno que otro compadre ó comadre que nunca falta; y allí duermen todos juntos, sin que medie mas division de unos á otros, que el espacio que hay de la ropa á la carne. Verdad es que esta armonía que entre ellos reina, se suele alterar cada vez que el pulque hace prodigiosos efectos, y que las injurias, los gritos y los golpes interrumpen la tranquilidad del vecindario; pero entonces la insigne casera acude al sitio de la lucha, donde encuentra á las contrincantes afianzada cada cual de las ásperas crenchas de su contraria, y tirando con las agudas uñas líneas paralelas, curvas, rectas y horizontales en el rostro de su enemiga, como las pudiera echar sobre una superficie plana el mejor geómetra del mundo. La casera entonces les llama al órden, como encargada de conservar la paz de sus estados; mas con frecuencia ve atropellada su autoridad; porque una de las mugeres que disputa, la dice, que no le *nace* callar, porque *ña Gualupe* le ha dicho delante de su compadre *ñor Madaleno*, que es una... (y lo suelta con todas sus letras), y que *quiere* que se lo *haga bueno* delante del alcalde. La otra contesta que no se *re- traita*, pero que se lo dijo porque le *mentó á la madre* (2), y que presentará testigos, y entre ellos al *mesmo* compadre *ñor Madaleno*, de como en *efeuto* la *mentó*; hasta que viendo que es inútil su mediacion, y que se atropellan sus derechos de casera, llama á un agente de policia llamado *diurno*, que pone fin al pleito, llevándose á los que disputaban ante el juez, mas no sin que antes le digan mil improperios: á la infeliz casera porque ha llevado al *diurno*, y amenazándola de que le han de cortar la cara por *chismosa y rota* (3).

En otro cuarto, contiguo al que acabamos de describir, vive una anciana con sus dos hijas que cosen ropa de municion, y que trabajan de noche y dia para poder presentarse los domingos en la alameda con un tápalo de poco precio, un vestido de muselina cortado con gracia, y zapatos de mahon. El aspecto de esta pieza forma contraste por su aseo, con la primera: aquí vemos en un rincon de la pieza una cama, pobre, pero limpia, en que suele dormir la anciana; en otro extremo

(1) Habichuelas.

(2) Entre la gente baja, el mayor insulto es que le digan á uno, *su madre*.

(3) Epíteto con que tratan de insultar á la gente decente.

un baul que guarda la ropa de toda la familia, y sobre el cual se vé un colchon envuelto en un petate limpieísimo en que suelen descansar de noche las dos jóvenes, colocándolo junto al lecho de la anciana: en el tercer ángulo se ve un brasero de limpios ladrillos, en que están la plancha y el puchero: al pié del brasero una gran tinaja llena de agua, y en el último ángulo una rinconera, sobre la cual hay una naceta con albahaca: algunas estampas de á medio real, representando unas á nuestra Señora de la Soledad, otras á la de la Virgen de Guadalupe, y algunas á la Santísima Trinidad, forman el adorno de la pared, á la cual están pegadas con engrudo las primeras: unas cuantas sillas ordinarias, pero sin polvo, se ven repartidas por la estancia; y en medio de una de las paredes del costado, luce un curioso tinajero (1), que revela el buen gusto de las que allí lo han colocado. Con estas vecinas es con las que suele tratar generalmente nuestra casera. Con ellas habla, con un calor que honraria á un padre de la patria, de sus felices y pasados tiempos; de la aurora boreal, de la entrada triunfal del Sr. Iturbide, en que conoció á su esposo; que de Dios goce: de la amistad que tenia con la muger del general H y del ministro B, que ahora, porque la miran pobre, fingen no conocerla; concluyendo siempre su discurso con que nada la dan en el Monte de piedad hace dos años, y echando de menos los tiempos pasados, y renegando de los presentes.

—¡Ay, Doña Ursulita! le contesta entonces la otra anciana que, con los anteojos montados sobre su luenga nariz, remienda una media calada por el mucho uso; ¡no me hable vd. de aquellos tiempos! ¿Quién me habia de decir entonces que yo, muger del coronel de caballería R, me veria reducida á coser la ropa de los soldados? Y si pagaran bien, vamos, seria otra cosa; pero nada de eso: ya vd. ve; por un pantalon que se tarda una en coserlo un dia entero, nos pagan real y medio; por una camisa igual cantidad, y por las demas piezas á proporción del trabajo que dan; de suerte que apenas nos alcanza lo que ganamos para mal comer y pagar la renta de este incómodo cuarto. Y gracias á que hay que coser; porque si atendida me estuviera á lo del Monte de piedad, ya nos hubieramos muerto de necesidad mis hijas y yo.

—Tiene vd. razon, mi alma: y si no dígalo yo que voy todos los dias á la comisaría, sin que consiga mas que esperanzas de que mañana me darán algo, sin que este mañana haya llegado en año y medio que me están *mañanando*. ¿Qué necesidad tendria, de lo contrario, de ser casera? ¡Usted sabe lo que es ser casera, doña Barbarita! Nos dan

(1) Aunque esta voz, segun la academia, solo significa al hombre que hace ó vende tinajas, y el sitio ó lugar en que hay tinajas, en México tiene otra acepcion, pues con ella significan el lugar de la pared en que estan colocadas con simetria, multitud de piezas pequeñas de loza del pais, que no tienen otro objeto que el de adornar la habitacion.

un mal cuarto y una vela de á *tlaco* (1) solamente; y para que esto nos den tenemos necesidad, mi alma, de barrer todas las mañanas el patio y el pedazo de calle de frente á la puerta; cuidar del orden; poner en paz á los vecinos, que siempre son enemigos de una, y otras mil cosas que solo por la mucha necesidad, doña Barbarita de mi alma, se pueden sufrir.

Si del cuarto de esta familia decente y desgraciada, pasamos á los demas, veremos en uno, encima de una mesa, un niño muerto y cubierto de flores, alumbrado por cuatro velas de cera colocadas en cada ángulo de la mesa; y en vez del llanto y los sollozos, escucharemos los acordes de la *jaranita* y del arpa, el continuo ruido de los que bailan en la misma pieza, el *jarabe*, los versos que con destemplada voz cantan los que tocan, y el estruendo de los vasos que pasan de mano en mano llenos de pulque. Extraño parecerá, á los que ignoren, el que haya baile en la casa de uno que acaba de morir; pero esta es una costumbre de la gente del pueblo bajo, que celebra la muerte de un niño tierno, por que lo consideran en el cielo, con música y baile, á lo cual llaman *velorio*, que dura toda la noche, y al cual asisten todos los parientes, los compadres, y las personas de estimacion.

Inútil es decir que la casera tiene precision de levantarse de su cama en semejantes velorios, para ver si se interrumpen el orden y la armonía.

Pero dejemos las habitaciones ó cuartos del patio, y recorramos las llamadas viviendas, compuestas de dos ó mas piezas, á las cuales se sube por una escalera de piedra colocada en el patio; escalera que dá á un ancho corredor en que están las espresadas viviendas, colocadas sobre los incómodos cuartos. En estas viviendas habita la clase media, tan fina en sus modales como la mas alta, y la mas laboriosa de todas las que componen la sociedad. Allí al lado del empleado, del artista y del artesano, vive el anciano ilimitado, limitado á una escasez sin límites, vistiendo una casaca de color enigmático de faldones de gallardete, largos y angostos como alma de vizcaíno, con el talle mas arriba de la espalda y cuello piramidal que, si no cubre la grasa de los hombros, si tapa el pezcúezo, queriendo asaltar continuamente el puesto perteneciente al sombrero, atacándolo bruscamente por el ala de retaguardia que, desordenada, blanda, y llena de contusiones apenas puede mantener el orden de formacion: sus pantalones, nuevos como el engaño, con tanto pelo como la cabeza de un calvo, anchos como bolsa de usurero y largos como dádiva de avaro, llegan por abajo hasta la mitad de la pierna, gorda como bolsillo de viuda, y por arriba entre si llega ó no llega al chaleco nuevamente envejecido, y tornasolado por el tiempo, el aire, el agua y el sol.

[1] Lo que equivale á un octavo en España.